

## Tercer domingo de Adviento

«GAUDETE»

14 de diciembre de 2025

«*Estén siempre alegres... el Señor está cerca.*»



«*Gaudete in Domino semper*», (Flp 4, 4). Con estas palabras de san Pablo se inicia la santa misa del III domingo de Adviento, que por eso se llama domingo "Gaudete". El Apóstol exhorta a los cristianos a alegrarse porque la venida del Señor, es decir, su vuelta gloriosa es segura y no tardará. La Iglesia acoge esta invitación mientras se prepara para celebrar la Navidad, y su mirada se dirige cada vez más a Belén. En efecto, aguardamos con esperanza segura la segunda venida de Cristo, porque hemos conocido la primera.

El misterio de Belén nos revela al Dios-con-nosotros, al Dios cercano a nosotros, no sólo en sentido espacial y temporal; está cerca de nosotros porque, por decirlo así, se ha "casado" con nuestra humanidad; ha asumido nuestra condición, escogiendo ser en todo como nosotros, excepto en el pecado, para hacer que lleguemos a ser como él.

Por tanto, la alegría cristiana brota de esta certeza: Dios está cerca, está conmigo, está con nosotros, en la alegría y en el dolor, en la salud y en la enfermedad, como amigo y esposo fiel. Y esta alegría permanece también en la prueba, incluso en el sufrimiento; y no está en la superficie, sino en lo más profundo de la persona que se encomienda a Dios y confía en él.

BENEDICTO XVI, Ángelus, 16 de diciembre de 2007.



DIÓCESIS DE  
ZIPAQUIRÁ



PASTORAL  
**Litúrgica**  
DIÓCESIS DE ZIPAQUIRÁ

## Textos orados: comentario a la eucología

### LA ALEGRÍA DEL ADVIENTO

Aunque el tercer domingo de Adviento es el día que más sobresale por su invitación a la alegría, en realidad durante todo este tiempo es casi imposible no experimentar el gozo de saber que el Señor se ha puesto en camino para acercarse y poner su morada entre nosotros. Decía el Papa Francisco: «La invitación a la alegría es característica del tiempo de Adviento: la espera del nacimiento de Jesús, la espera que vivimos, es alegre».

El lunes de la primera semana, en la oración colecta, le pedíamos al Señor que Él mismo nos conceda las disposiciones necesarias para esperar su venida: además de perseverar vigilantes en la oración, el Señor tendrá que encontrarnos *«cantando alegremente sus alabanzas»*. En la misma línea, la colecta del martes de la segunda semana hace una petición bien concreta: *«concédenos esperar con alegría la gloria del nacimiento de tu Hijo»*.

A partir del 17 de diciembre, en nuestro camino hacia la Navidad, nuestra alegría se irá intensificando *in crescendo*, mientras la Iglesia va profundizando en la contemplación del misterio de la Encarnación. Por eso la liturgia de la palabra nos llevará a poner nuestra atención en los hechos previos al nacimiento de Jesús, tal y como nos lo cuentan los mismos Evangelios, desde los anuncios que Dios hace a José y María hasta el canto del *Benedictus* que entona Zacarías en el día del Nacimiento de Juan el Bautista.

Como respuesta a las páginas evangélicas que iremos escuchando esos días, el prefacio II de este tiempo llega a afirmar que el pueblo ya posee, por gracia de Dios, la alegría que es propia del Adviento y que lo dispone a la fiesta que se avecina: *«El mismo Señor nos concede ahora prepararnos con alegría al misterio de su nacimiento»*. Es como si los días anteriores al 17 de diciembre, el Señor nos hubiera concedido progresivamente entrar en este gozo, para que, en la última semana de preparación, ya tengamos la alegría necesaria para los días que vienen.

Teniendo presente que la alegría debe ser constante durante todo el Adviento, ahora sí podemos contemplar lo que nos dice especialmente la liturgia del III domingo. He aquí la meta del Adviento: durante estos días nos vamos alegrando, vamos recibiendo ese don progresivamente para que, como dice, la oración colecta del domingo *«Gaudete»*, podamos *«llegar a la alegría de tan gran acontecimiento de salvación y celebrarlo siempre con solemnidad y júbilo desbordante»*. Se trata del gozo de la Navidad. Su razón de ser es la entrada de Dios en el mundo.

## Comentario general a las lecturas bíblicas<sup>1</sup>

Decid a los pusilánimes: ¡Ánimo, no temáis! Mirad, es vuestro Dios. Viene Él mismo a salvarnos. Entonces se abrirán los ojos de los ciegos, y los oídos de los sordos se abrirán. Saltará el cojo como un ciervo, la lengua del mudo gritará de júbilo (Is 35).

Juan Bautista, que estaba en la cárcel, habiendo oído hablar de las obras de Cristo, envió a decirle por medio de sus discípulos: ¿Eres tú el que debe venir o debemos esperar a otro? Jesús les contestó: Id a referir a Juan lo que oís y veis: los ciegos recuperan la vista, los cojos caminan, los leprosos quedan limpios, los sordos recuperan el oído, los muertos resucitan, a los pobres se le predica la buena noticia (Mt 11, 2-5).

El hombre, en la Biblia, más que «tener» un cuerpo tiene la conciencia de «ser» un cuerpo. En efecto, el cuerpo no es visto como un peso o una tumba de alma -como pensaba el mundo griego- sino que es un signo vivo del ser total del hombre y de todas las relaciones. El cuerpo está en el centro incluso de dos páginas bíblicas, profundamente ligadas entre sí, que nos propone esta liturgia de Adviento.

Comencemos con el texto de Isaías. Como se sabe, en esta grandiosa obra profética de 66 capítulos convergen las líneas desplegadas por lo menos de tres distintos profetas, desde la del Isaías clásico del siglo VIII a. C, que dio el nombre al volumen hasta los autores anónimos de la época del destierro (siglo VI a. C.), convencionalmente llamados el Segundo y el Tercer Isaías. La página proclamada hoy por la liturgia pertenece al Segundo Isaías, el cantor del alegre regreso del Israel perseguido por los campos de concentración de Babilonia hacia el hogar nacional de Palestina, abandonado en el 586 a. C, con la destrucción de Jerusalén por parte de Nabucodonosor. La marcha del regreso se convierte a los ojos del profeta en una alegre procesión, semejante a la tan anhelada peregrinación que en un tiempo llevaba al hebreo a la ciudad santa para las grandes solemnidades de Pascua, de Pentecostés y de las Cabañas.

Tan pronto resuena el anuncio de la liberación, para el pueblo esclavo es como una resurrección. El desierto y la tierra árida, símbolo de la miseria y el dolor, reflorecen y se llenan de narcisos. Los cuerpos de los desterrados, débiles, mutilados, adoloridos, se transforman casi en una nueva juventud; la historia del hombre adquiere un nuevo sabor, se llena de libertad y esperanza. Claro que el desierto sigue árido; los ciegos, los sordos, los cojos, y los mudos de Israel no son físicamente curados, pero el hilo verde de la esperanza transforma la desolación en el sufrimiento y hace renacer la alegría de vivir. El profeta sintetiza esta resurrección en la frase final del pasaje de hoy: «Alegría y felicidad los seguirán y huirán la tristeza y el llanto». La vida -como escribía san Agustín- sin la

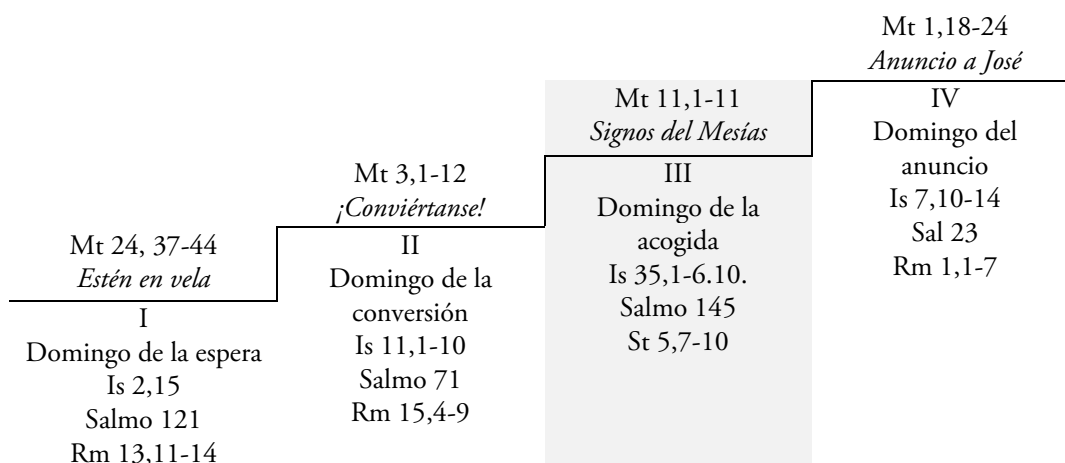
<sup>1</sup> G. RAVASI, *Según las Escrituras. Doble comentario a las lecturas del domingo. Ciclo A*, 13-15.

esperanza es como la superficie de un lago en un día nebuloso, superficie metálica y gris. La vida con la esperanza sigue siendo materialmente la misma pero es transfigurada: la superficie del lago es la misma, pero se vuelve un espejo de colores si el sol brilla en el cielo.

La transformación del cuerpo, es decir, de todo el ser humano, es puesta al centro de la respuesta autobiográfica que Cristo ofrece a los discípulos del Bautista. Con su entrada en el mundo, ciertamente, muchos enfermos han sido curados por sus milagros, pero sobre todo, muchos ciegos en el espíritu, muchos lisiados en la inercia, muchos muertos a la esperanza han sido liberados y salvados. Y precisamente, con este pueblo de sufrientes, de pobres y pequeños, a menudo marginados de la sociedad civil y religiosa oficial, es con el que Cristo forma la nueva comunidad a la que anuncia «la alegre noticia» del Reino y del amor de Dios.

La Iglesia está, pues, llena de estos últimos que son los primeros ojos de Dios y a ellos debe dedicar todo su empeño y su fraternidad. Precisamente como Cristo que para conducirlos a Él bajó hasta la miseria: «se anonadó a sí mismo tomando la naturaleza de siervo, haciéndose semejante a los hombres; y, en su condición de hombre se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte en cruz» (Flp 2, 7-8). El gran teólogo y creyente D. Bonhoeffer desde su agonía en el campo de concentración nazi el 16 de julio de 1944: «Dios se hizo débil e impotente en el mundo y así permanece con nosotros y nos ayuda, tanto en virtud de su omnipotencia como en virtud de su sufrimiento».

### Estructura de la Liturgia de la Palabra de los domingos del Adviento: Ciclo A<sup>2</sup>



<sup>2</sup> Cf. *Ordenación de las lecturas de la misa*, 93. Los títulos de cada domingo están tomados de J. CASTELLANO, *El año litúrgico*, Barcelona: CPL 2011, 71.

# Tercer domingo de Adviento

«GAUDETE»

14 de diciembre de 2025

«*Estén siempre alegres... el Señor está cerca*».



## Oración para encender el tercer cirio de la corona

Mientras que una persona de la comunidad se acerca a encender la tercera vela, el presidente hace la monición y luego proclama la oración:

Llenos de inmensa alegría porque nuestro Salvador está cerca, encendemos ahora el tercer cirio de esta corona de Adviento:

Padre de bondad, te damos gracias  
por este gozo que nos regalas,  
mientras que se aproxima  
la llegada de tu Hijo.

Con fe, con esperanza y con amor,  
encendemos esta nueva luz,  
anhelando la fiesta de nuestra salvación.

Unidos a la Virgen María,  
madre de nuestra esperanza,  
te alabamos por tu misericordia,  
proclamamos tus maravillas  
y suplicamos con voz fuerte:

*Tú eres nuestra alegría;  
tú eres nuestra esperanza;  
ven, Señor Jesús.*

Si se juzga oportuno, se concluye el rito cantando *Ven, Señor, no tardes más* u otro canto apropiado. Después del canto continúa el acto penitencial.

# Tercer domingo de Adviento

«GAUDETE»

14 de diciembre de 2025

*«Estén siempre alegres... el Señor está cerca».*



## Moniciones

### Entrada

Queridos hermanos y hermanas: Bienvenidos a la celebración del tercer domingo de Adviento. Hoy en la liturgia resuenan estas palabras: *«Estén siempre alegres en el Señor, se lo repito, estén siempre alegres; el Señor está cerca».* Acogiendo esta invitación, participemos con profundo gozo de esta Eucaristía y sigamos anhelando la llegada de la salvación.

### Liturgia de la Palabra

Esperamos que nuestro Salvador venga y, con sus obras, transforme la historia de la humanidad. Ya lo está haciendo y lo hará. Este es el mensaje de la Palabra de Dios que vamos a escuchar a continuación.

### Presentación de los dones

La Eucaristía es nuestro gran sustento en este tiempo de preparación. Nuestra principal disposición en este momento debe ser la de entregar toda nuestra vida para que el Señor haga las grandes obras que nos ha prometido.

### Comunión

*«Digan a los cobardes de corazón: sean fuertes, no teman. He aquí nuestro Dios que viene y nos salvará».* Animados por esta gran proclamación, acerquémonos a comulgar, es decir, a recibir al Dios que viene.



# Tercer domingo de Adviento

«GAUDETE»

14 de diciembre de 2025

«Estén siempre alegres... el Señor está cerca».



## Oración universal

Presidente:

Alegres por el nacimiento de Cristo, el Señor, en la humildad de nuestra carne, presentemos al Padre estas oraciones que brotan desde nuestra esperanza. Unámonos a estas plegarias diciendo:

*R/. Dios, esperanza nuestra, escúchanos*

Presidente:

- † En el Adviento, tiempo de la Iglesia, oremos para que el Pueblo Santo de Dios se mantenga alegre, aguardando el cumplimiento de las promesas del Padre.
- † En el Adviento, tiempo de esperanza, oremos para que las naciones vean cumplidas sus expectativas de progreso y desarrollo, gracias la práctica de una verdadera caridad.
- † En el Adviento, tiempo de consuelo, oremos por los más afectados por los males de este momento histórico, para que sean reconfortados por el Dios que seca nuestras lágrimas.
- † En el Adviento, tiempo de gracia, oremos por las intenciones de todos los que hemos venido hoy a esta Eucaristía para prepararnos a recibir al mismo Dios que viene en persona a visitarnos.

Presidente:

Padre que tanto nos amas, escucha las plegarias que te presentamos con la esperanza de la llegada de la Salvación y con la alegría que viene de nuestra confianza en ti.  
Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.